

rian terribles, como les aseguraban los aliados, amenazándoles una muerte segura. Terminado el aparato, se dispuso hacer la prueba para ver si los resultados correspondían al objeto á que se le destinaba. Se colocó una enorme piedra sobre el madero que debía arrojarla sobre los edificios fronteros, haciendo estragos donde cayese. Los mejicanos que ocupaban las azoteas de las casas hacia donde la máquina miraba, se pasaron á las de los costados, y esperaron con sobresalto el temible disparo. Puesta la máquina en movimiento, la enorme piedra fué despedida por la catapulta con fuerza extraordinaria; pero en vez de marchar en direccion á los edificios que se hallaban enfrente, se elevó perpendicularmente en el aire, cayendo con horrible estruendo al pié de la misma máquina. Aunque los aztecas no podían saber si el objeto de los españoles, al probar el aparato, fué arrojar horizontal ó perpendicularmente la piedra, se alegraron de que no hubiese marchado en direccion á ellos, y Hernán Cortés quedó mortificado de haber dado crédito á las palabras de un soldado sin conocimientos y sin instruccion.

Visto el mal resultado de la catapulta, el caudillo español se propuso continuar los ataques al siguiente día.

Habia creído que durante los tres días que transcurrieron en disponer el aparato, los mejicanos hubieran dado algun paso hacia la paz. ¡Vana esperanza! Solamente las armas podían resolver la cuestion pendiente.

Uno y otro campo se dispusieron á esgrimirlas.

CAPÍTULO XXX

Hambre horrible de los sitiados.—Se manifiesta que las madres no se comían á sus hijos, como algunos han dicho.—Notables padecimientos de los mejicanos.—Propone la paz Cortés, pero no se le quiere escuchar.—Da un ataque donde mueren muchos mejicanos.—Vuelve Cortés á solicitar un arreglo de paz.—Cortés ordena á los aliados que no hagan daño á los mejicanos.—Envía á un noble prisionero con proposiciones de paz.—No son admitidas.—Por no destruir la ciudad, invita nuevamente Cortés á Guatemotzin á un arreglo.—Guatemotzin, por ganar tiempo, ofrece asistir á una entrevista con Cortés, pero no acude.—Sangrienta accion y horrible mortandad entre los mejicanos.—Estrecho lugar á que quedan reducidos los sitiados.—Invita de nuevo Cortés á la paz.—Guatemotzin se niega á todo convenio.—Ultimo asalto.—Prision de Guatemotzin y punto en que cayó prisionero.—Le presentan á Cortés, que le recibe con afabilidad.—Notables frases que Guatemotzin dirige á Cortés.—Toma de la capital.—Número de muertos de los sitiados.—Se lleva á Guatemotzin á Coyohuacan.—Salen los mejicanos de la ciudad.—Manda Cortés que se entierren los muertos y que se limpie la arruinada ciudad.—Se sitúa él con sus tropas en Coyohuacan.—Despide á las tropas aliadas, llevando éstas un rico botin.—Reflexiones sobre la conquista de Méjico.

Reducidos al extremo á que se hallaban los sitiados, hubiera bastado á los sitiadores permanecer en sus puestos para apoderarse de la parte de la ciudad que les faltaba. El hambre y la peste, que habían establecido su destructor imperio en el campo azteca, eran auxiliares invencibles que parecían haberse propuesto acabar con los últimos res-

tos de la valiente nacion que, con la fuerza de sus armas y la disciplina de sus aguerridas legiones, habia convertido en feudatarias suyas á todas las naciones del Anáhuac. Cada dia que pasaba, se aumentaba considerablemente el número de víctimas y se hacia mas insoportable la fetidez de la corrompida atmósfera que respiraban. Para las mujeres, los niños y los ancianos, pertenecientes á la clase del pueblo; para esos desgraciados que no podian empuñar por su sexo ó por su edad las armas; para esos se habian agotado en absoluto los alimentos. No se encontraba ni una sola yerba, ni una sola raíz, ni un solo insecto, ni un reptil, por repugnante que fuese, en el estrecho local en que estaban amontonados los muertos y los vivos. Aun las cosas menos comestibles habian servido de sustento, y nada quedaba ya que pudiera servir de alimento. El hambre habia llegado al último extremo. Sin embargo, jamás llegaron á violar las leyes de la naturaleza, alimentándose unos de otros. Así lo asegura el sincero soldado cronista. Prescott cree, no obstante, por lo que afirma el historiador Sahagun, «que muchas madres, en medio de su agonia devoradora, devoraban á sus hijos, á quienes no tenían ya modo ninguno de mantener». «La historia, añade, presenta ejemplares semejantes en mas de un sitio, y es mas probable que haya así sucedido en Méjico, donde la sensibilidad es preciso que estuviera embotada con las brutales prácticas de la supersticion nacional, que eran tan familiares á sus habitantes.»

Por fortuna, los hechos contradicen lo referido por Sahagun, en cuya autoridad descansa la opinion del apreciable historiador norte americano. «De los niños, no quedó

nadie, que las mismas madres y padres los comian,» dice el primero; y sin embargo, por la estimable y autorizada relacion de Hernan Cortés, se ve que el dia mismo que terminó el sitio, pocas horas antes de que se hiciese dueño de la ciudad, «no hacian sino salir de ella, hácia los puntos ocupados por los españoles, un número infinito de hombres, de mujeres y niños» (1). La misma cosa asegura Bernal Diaz, probando así que, á pesar de la terrible necesidad en que los mejicanos se hallaban, si cumplieron como patriotas defendiendo el suelo en que habian nacido, supieron cumplir, con no menos fidelidad, con las leyes de la naturaleza. Si casos de la especie referida se hubie-

(1) La verdad histórica exige que cite algunos otros párrafos que prueban de una manera concluyente, que lejos de ser verdad «que de los niños no quedó nadie, porque los comian sus padres», como refiere Sahagun, su número era crecido en los últimos dias del sitio. «Otro dia despues de asentado el trabuco», dice Hernan Cortés, «volvimos á la ciudad, y como ya habia tres ó cuatro dias que no los combatiamos, hallamos las calles por donde íbamos, llenas de mujeres y niños y otra gente miserable que se morian de hambre.» Que la misma abundancia de niños habia despues de terminado el sitio entre los que lo habian sufrido, se ve por las siguientes palabras de Bernal Diaz: «Digo que en tres dias con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos de bote en bote que nunca acababan de salir.» Tiene fuerza para Prescott lo afirmado por Sahagun, porque dice que la relacion la tuvo de los mejicanos, como despues de los sucesos; pero demostrado de una manera terminante por la carta del general y por lo dicho por el soldado cronista, que existian millares de niños, no debemos admitir, en ese punto, lo asentado por Sahagun, y que dice así: «De los niños, no quedó nadie, que las mismas madres y padres los comian que era gran lástima de ver, y mayormente de sufrir.» Ciertamente es que Prescott y algunos otros que admiten la noticia, dicen que hubo «muchas madres» que lo hicieron; pero es preciso admitir en absoluto lo que dice Sahagun, ó dejarlo. Si se le cree bien informado, es preciso decir, como él dice, que «de los niños no quedó nadie», de lo contrario es dudar de lo que afirma, debiendo darse entero crédito al veraz Bernal Diaz que asegura «que no comian las carnes de sus mejicanos».

ran efectuado, no ya en la enorme escala que presenta Sahagun, sino en muy inferior, no hubieran quedado sin mencionarse por el caudillo español. El que refiere á su emperador que «por las calles hallaban roidas las raíces y cortezas de los árboles», con mayor motivo le hubiera dado noticia de un hecho que habría llamado tristemente su atencion.

A la horrible calamidad del hambre, se agregaba la incomodidad y estrechez del reducido circuito en que se hallaban encerrados. Hombres y mujeres, niños y ancianos, enfermos y moribundos, heridos y convalecientes, se hallaban juntos, oprimidos, amontonados, viviendo á la intemperie, helados de frio durante la noche, en que el cielo se desataba en espantosos aguaceros, y abrasados por los ardientes rayos del sol durante el dia (1). A ninguna parte podian dirigirse donde no tropezasen con montones de cadáveres y donde no respirasen una atmósfera corrompida. Cada casa era un hospital, un cementerio y una habitacion de seres macilentos. No habiendo edificios donde pudiese alojarse el crecido número de personas allí aglomeradas, la gente vivia en las calles, en las canoas, y gran número de infelices, no cabiendo en ninguna parte, se hallaban metidos en el agua de las acequias y en los pantanos.

(1) «Estaban los tristes mejicanos, hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos, en un lugar bien estrechos y bien apretados los unos con los otros y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte.»—Sahagun. *Historia de la Nueva España*, MS.

No existe, por desgracia, en esta pintura la más leve exageracion. Todo lo contrario. El cuadro original era infinitamente mas horrible que la descripcion con que mi débil pluma lo presenta. Un escritor del siglo xvii, el padre Torquemada, refiere que dos ilustres damas, de la principal nobleza azteca, permanecieron tres dias metidas en el lago, con el agua hasta los hombros, entre unos carrizales, sin tomar otro alimento que algunos granos de maíz.

Nada, sin embargo, hacia cambiar el ánimo resuelto del jóven y valiente emperador Guatemotzin. Las dolorosas escenas que pasaban á su derredor, en que miraba expirar á sus vasallos de hambre y de miseria, le conmovian, pero no le desalentaban. Firme en su propósito de continuar la lucha hasta vencer ó morir, hizo construir nuevas trincheras durante los tres dias que transcurrieron en la colocacion de la catapulta ó trabuco, y se preparó á resistir á sus contrarios con el mismo furor que al principio.

Hernan Cortés, viendo el mal resultado de la máquina de guerra, penetró al siguiente dia en la ciudad, al frente de su division. Al marchar por la parte conquistada, su vista tropezó con un doloroso espectáculo que le conmovió profundamente. Millares de mujeres, de niños y de ancianos, expirantes de hambre, macilentos y extenuados, que habian salido de noche á buscar en la parte abandonada por los sitiados algunas raíces, llenaban las calles por donde iban los españoles. El general castellano, compadecido de la triste suerte de los desgraciados que salian á buscar el sustento, mandó á los escuadrones aliados que no les hi-

ciesen daño ninguno ni les dirigiesen la menor palabra ofensiva (1). Siguiendo su marcha, llegó pronto á los últimos puntos ganados los dias anteriores.

Hernan Cortés, queriendo evitar que se repitiesen las escenas de sangre y de devastacion que diariamente se habian presenciado, se ocupó en proponer á los sitiados arreglos de paz en que les garantizaba la vida, la propiedad y los empleos, pero todo fué en vano. La respuesta de los mejicanos se redujo á decirle que se ahorrarse el tiempo de solicitar lo inadmisibile: que la cuestion era de armas y no de palabras. Dos nobles capitanes de los que hablaban con Cortés, tratando de hacer creer que sobraban viveres en la ciudad y que, por lo mismo, estaban muy lejos de hallarse en la necesidad que los sitiadores creian, sacaron de un costalito de manta, tortillas, cerezas y una pierna de gallina, y se sentaron tranquilamente á comer. Para aparentar mejor que los comestibles abundaban, arrojaron algunas tortillas hácia la avanzada española, diciendo á los tlaxcaltecas que comiesen de lo que á los de la ciudad les sobraba.

Obligado Hernan Cortés á la lucha, mandó á Pedro de Alvarado que entrase á mano armada, con su division, por una calle de mas de mil casas, donde los mejicanos se hallaban fortificados, mientras el mismo Cortés avanzaba por el lado opuesto. Cumplida la orden,

(1) «Hallamos las calles por donde ibamos llenas de mujeres y niños y otra gente miserable que se morian de hambre, y salian traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de los ver: y yo mandé á nuestros amigos que no les ficiesen daño alguno.»—Tercera carta de Cortés.

el combate se trabó á los pocos instantes con furor indescriptible por una y otra parte. Los guerreros aztecas, aunque reducidos á una escasa racion de maíz, combatian con el mismo esfuerzo que antes de haber dado principio al asedio. El espíritu de independecia y el ejemplo del emperador y de los nobles, les daba esfuerzo. La lucha duró largo tiempo; pero la fortuna habia vuelto la espalda á los mejicanos, y al fin fueron desalojados de toda la calle, perdiendo en el combate mas de doce mil hombres, entre muertos y prisioneros (1). Las tropas aliadas, dejándose llevar del implacable odio que profesaban á los mejicanos, bajo cuyo dominio habian estado por un siglo, se ensañaron en ellos, no dando cuartel á ninguno de los que caian en sus manos; pasando á cuchillo á niños, mujeres y ancianos, sin que bastase á contenerles, ni las órdenes severas de Cortés ni aun el castigo (2).

Reducidos los sitiados á un circuito mucho mas estrecho con la pérdida de la calle, vieron aumentarse las incomodidades á un grado sin ejemplo. Muchas desgraciadas mujeres, niños y ancianos, no pudiendo soportar el hambre, marchaban al campamento castellano, buscando algo con que alimentar sus desfallecidos cuerpos. El general español mandó que nadie les molestase ni ofendiese (3).

(1) «Y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, que muertos y presos pasaron de doce mil ánimas.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Con los cuales usaban de tanta crueldad nuestros amigos, que por ninguna via á ninguno daban la vida, aunque mas reprendidos y castigados de nosotros eran.»—El mismo.

(3) «Muchos pobres indios que no tenian qué comer, y se venian al real de Cortés y al nuestro, como aburridos de hambre.»—Bernal Diaz del Castillo.

Pero si una parte de la gente inerme, salia, obligada por la imperiosa necesidad, á buscar en el campo sitiador el preciso sustento, jamás salió un solo guerrero, un solo mejicano de los que hubiese empuñado las armas para combatir en defensa de la patria (1).

Hernan Cortés reunió al siguiente dia sus numerosas fuerzas aliadas, y poniéndose al frente de los españoles, se dirigió de sus cuarteles hácia los puntos ocupados por los sitiados. Habia dado orden á las tropas auxiliares de que no disparasen arma ninguna sobre los mejicanos ni les hiciesen mal ninguno (2). El objeto del general castellano era obligarles á solicitar la paz, haciéndoles ver que no les quedaba ni la mas leve esperanza de salvarse.

El ejército sitiador se acercó á los puntos en que se hallaban los aztecas, ostentando sus estandartes y divisas. Los mejicanos, al ver á los que hasta entonces habian sido sus vasallos, sus feudatarios, sus conquistados, enseñoreados de la capital y amenazándoles con la muerte, sintieron una pena terrible; mezcla extraña de tristeza y desesperacion difícil de explicarse. Viéndose reducidos al último extremo cuando habian sido señores de todas las provincias del Anáhuac; no quedándoles de su propia capital mas que un rincon de tierra, y que aun en ella no podian estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos, lanza-

(1) «Pero de la gente de guerra no salia ninguna.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y mandé que no peleasen ni ficiesen mal á los enemigos.»—Tercera carta de Cortés.

ban gritos de rabia, pidiendo con ahinco la muerte (1). Varios jefes aztecas suplicaron á Cortés que se acercase á distancia conveniente para hablarle. El general español accedió inmediatamente á la peticion, abrigando la esperanza de que propusiesen algun arreglo que pusiese término á los males. No era, sin embargo, para hablarle de paz para lo que le llamaban. Al presentarse enfrente al parapeto de los sitiados, en que estaban los jefes que solicitaron hablarle, exclamaron con el acento de la desesperacion: «Si eres, como muchos creen, hijo del sol, y el sol en el breve espacio de veinticuatro horas da la vuelta al mundo entero, ¿por qué tú con la misma brevedad no acabas de quitarnos la vida con la cual terminarán nuestros padecimientos? Sé rápido en tus obras, como el astro rey en su carrera, pues con la vida desaparecerán los males que nos abruman, y al recibir la muerte iremos al cielo, donde nuestro dios Huitzilopochtli nos tiene preparada la felicidad y la ventura (2).»

Conmovido Hernan Cortés por la sincera y amarga expresion con que habian sido pronunciadas las palabras

(1) «Y conocian que les venian á matar sus vasallos y los que ellos solian mandar, y veian su extrema necesidad, y como no tenian donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos... decian que por qué no les acababamos ya de matar.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y llegado al albarrada, dijeronme que pues ellos me tenían por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad como era en un dia y una noche daba vuelta á todo el mundo, que porque yo así brevemente no les acababa de matar y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenían deseos de morir y irse al cielo para su Ochilobus que les estaba esperando para descansar.»—Tercera carta de Cortés.